

Transición y acuerdo nacional

Ha trascurrido más de la mitad del período «útil» del «gobierno de transición» presidido por Ramón J. Velásquez. Espontáneamente se viene haciendo una evaluación que tiene como parámetro las expectativas conscientes e inconscientes que cada venezolano o cada sector de la sociedad se hizo a la salida de Carlos Andrés Pérez. Para quienes estaban convencidos de que «el» problema era CAP, sobreviene la sorpresa de la permanencia de los graves problemas económicos, políticos, sociales y culturales del país. Comienzan a descubrir la complejidad de las soluciones, los ritmos, muchas veces lentos, de los procesos y la profundidad que hay que alcanzar para poner cimientos. Los «minimalistas» se alegran de que se mantenga un gobierno fruto de una decisión de las instituciones «democráticas» sin recurso a una salida de fuerza. Quienes pensaban que la transición significaba aprobar por la vía rápida las medidas «neo-liberales» que no habían pasado el filtro parlamentario sienten que el gobierno «no decide». Los que soñaron con estabilización de precios, cese de la inflación y de la devaluación, aumentos globales de salarios... sienten que no ha pasado nada.

Nosotros hemos insistido, «a tiempo y a destiempo», en que una «solución» a largo plazo, que represente la fundación de una sociedad democrática, económicamente productiva y socialmente justa, tiene que basarse en el fortalecimiento del pueblo organizado como sujeto social y político. Trabajar en esa dirección requiere colocarse en la perspectiva del pueblo; por consiguiente, ver y juzgar la realidad desde los empobrecidos que conforman la mayoría creciente de los venezolanos. En este momento preguntarse «desde dónde», desde quiénes se percibe, evalúa y proponen salidas o decisiones es el punto crucial. Asumir lo colectivo, lo público, desde la perspectiva de los empobrecidos no se da automáticamente, supone una decisión personal y colectiva de enormes implicaciones para todos.

Fin de una época

Parece que quisiéramos olvidar que estamos llegando al «fin de una época». La situación que atraviesa la sociedad venezolana es de una profunda transformación de sus bases económicas y políticas.

Estamos viviendo la más compleja transición cultural de nuestra historia republicana. Afirmarlo no es una exageración retórica, sino reconocer la dimensión real del proceso que vivimos como sociedad. Muchas veces y muchos venezolanos prefieren «convencerse» de que esta caracterización del momento es una exageración, prefieren pensar que «no es para tanto». Pero no se tapa el sol con un dedo, ni se cambia el signo de un proceso porque no se reconozca.

Lo mejor que podemos hacer es abrir los ojos a la realidad. ¿Qué significa la destitución de un Presidente de la República para ser enjuiciado por peculado y malversación; el enjuiciamiento de un ex-Presidente por lo mismo; la apertura de juicios y averiguaciones a altos oficiales de las Fuerzas Armadas, incluyendo un Comandante General de una de sus ramas? ¿Qué significa que salgan a la luz pública la maraña del espionaje telefónico montada en paralelo a los cuerpos de seguridad del Estado por sectores del gobierno, con recursos públicos (por muy «partida secreta» que sean), para manejar las cosas a su manera y que hasta puedan ser enjuiciados los que lo hacían y sus jefes? La impunidad que caracterizó una forma de ejercicio de poder derivada de una desviación de los pactos fundacionales del sistema democrático de partidos parecía inmovible; sin embargo comienza a agrietarse. Son signos externos de cambios de fondo que se vienen dando en las bases económicas y sociales del orden establecido, cuya solidez se comienza a revelar sólo aparente y sus bases carcomidas por la corrupción, el olvido de las más elementales obligaciones hacia los ciudadanos, la improvisación y la confianza en que nunca saldrían a la luz..., comienzan a aflorar a la luz del día.

El fin de una época es mejor vivirlo cara a lo que viene. Contribuyendo, activa y conscientemente, a lo que va naciendo. Para ello, la principal tarea es formular lo que queremos y podemos como modelo de sociedad, y caminar conscientemente hacia allí. No basta caer en la cuenta de lo que se está acabando y cómo. La experiencia dice que no hay «vacíos» sociales ni históricos. Si no sustituimos lo que se acaba con lo

que queremos, alguien por su cuenta, con su propio proyecto, llenará ese vacío.

Además de decidirse a participar en la tarea de formular y construir la sociedad posible que deseamos, es necesario armarse de «paciencia histórica». La ruptura con el pasado no es fácil, tampoco romper con los impulsos inmediatistas ni con las ilusiones mesiánicas. La creación de una nueva época es una tarea compleja. No hay salidas fáciles ni rápidas. Los procesos sociales tienen su ritmo. Hay que levantar la mirada más allá de los propios intereses y los de los allegados, más allá del corto plazo, para pensar en términos colectivos, públicos (políticos) y de largo alcance.

El Acuerdo Nacional

Caminar hacia la sociedad que deseamos requiere dar algún paso. Entre ellos se ha propuesto un «acuerdo nacional», al que han salido muchos enemigos. El primer gran enemigo son los escombros del derrumbe de la época que termina. La indomable inflación, el empobrecimiento de las mayorías populares, el enorme peso de la deuda externa, el déficit fiscal, la falta de dinero en la Tesorería Nacional... atentan contra los esfuerzos de voltear hacia adelante.

También enseñó el tramojo el «terrorismo»; es decir, la estrategia de paralizar la participación social por el más terrible de los métodos: aterrorizar a la población. Cuando el miedo se apodera de una persona o de una sociedad, se pierde la libertad, se esclaviza a quien sea capaz de provocarlo. Los sobres-bomba (de tres, uno solo explotó), el carro-bomba, la explosión en la PTJ... fueron los primeros escarceos de una táctica terrorista. El impacto social ha sido contundente. Se ha demostrado la debilidad que tenemos como sociedad frente a este tipo de acciones. La reacción de algunos grupos ha sido un signo importante, pero inferior al impacto. Necesitamos fortalecer nuestro deseo de ser libres para caminar hacia un futuro deseado y compartido. No podemos dejar a quienes temen la liberación del pueblo que se enseñoreen a base de provocar el miedo mediante acciones terroristas, amenazas de golpes militares, anuncios de catástrofes. El terrorismo nos plantea un desafío colectivo. Nos anuncia que el camino hacia una sociedad más democrática está lleno de obstáculos y que hay personas y grupos dispuestos a impedir la marcha hacia allá con cualquier mecanismo. Necesitamos, por tanto, vencer el miedo, romperle el juego a quienes tejen nuevos hilos de la red opresora.

Un «acuerdo nacional» que sea un paso en la dirección que venimos señalando requiere plantearse quiénes son los interlocutores para lograrlo. Antes que los contenidos importa definir quiénes son los participantes en esa negociación. Los actores sociales de la época que termina se han sentido llamados ser los únicos interlocutores, como si no fuese cierto que su época se acaba. Mientras no se convoque al pueblo a formar la parte sustantiva de un «acuerdo nacional», éste no será sino una maniobra para intentar prolongarle la vida al modelo que fenece. Negarse a participar en el acuerdo porque se busca llegar al poder con la manos sueltas, forma parte también de los modos de liderazgo del pasado que llega a su fin.

Entre los contenidos debe figurar en primer lugar el compromiso de realizar unas elecciones pulcras y respetar sin esguinces sus resultados. Igualmente debe establecerse como prioridad indiscutible de cualquier política económica que se adopte reducir la inflación a cifras menores al diez por ciento anual. El establecimiento de un sistema de seguridad social que ampare a todos los habitantes del país y conserve los derechos adquiridos en este terreno de los trabajadores es otro elemento alrededor del cual debe plantearse un consenso. En materia política el esfuerzo por fortalecer la sociedad civil, especialmente las organizaciones populares, como modo de darle canales múltiples y pluralistas a unas relaciones sociales participativas, es otro núcleo del acuerdo necesario. Rescatar al Estado para las funciones de asegurar la seguridad personal, una justicia al alcance de todos y las oportunidades de educación y capacitación para la vida, para lo cual será necesario, incluso, una reforma constitucional y la preparación de un proceso constituyente, son otra de las dimensiones de un posible diálogo nacional.

En este proceso el tiempo cuenta. La «paciencia histórica» exige respetar ritmos, pero también actuar en proporción a la magnitud de la tarea. La inercia y la inactividad son estabilidades engañosas. La situación reclama asumir responsabilidades activamente.